



debe callar y rendir admiración. ¿Y qué haremos nosotros con nuestra miserable palabra? ¿Y qué deseamos nosotros al tratar de conseguir algún honor para esta pobre humanidad, esforzándonos por hacer descender sobre ella un destello de esta inmortal gloria? ¿Se les puede contar entre los hombres á estos poderosos genios á quienes el Espíritu Santo subyugaba de una manera tan extraña, y cuya boca servía de órgano á la eterna verdad? Oid: ellos saben resistir y luchar como el patriarca contra el ángel del Señor; pero «el fuerte del cielo» les toca á su piel y caen aterrorizados, y casi sin alientos, exclaman: «No, no puedo yo combatir más, Señor, yo hablaré;» y hé aquí que anuncian cosas inauditas y oráculos sobrenaturales. «Hijo del hombre, me dijo el Altísimo, hé aquí lo que te sucederá: te sujetarán y amarrarán con fuertes ligaduras porque es una raza rebelde (1). Mi carne será desgarrada; se embriagarán en mi sangre y yo anunciaré la venganza del Señor.»

Si, los ojos se llenan de lágrimas, la voz se turba, todo el sér se conmueve ante este espectáculo, y en un arranque de entusiasmo, se verán con respeto estas santas páginas, y del fondo del corazón se lanza un himno de gratitud.

Nada puede fatigar la eterna paciencia del Dios Todopoderoso, y es necesario que de edad en edad haga asegurar las promesas dadas en los primeros días. Cuanto más se aparta el hombre de él, tanto más se complace en colmarle de esperanza. Su pueblo mismo, que él ha elegido especialmente entre todos, cuyos pasos fueron guiados por su mano, su pueblo le rechaza y le abandona, y entonces es cuando la profecía brilla más maravillosa que nunca.

¿Mas también, no es él, este gran Dios, quien lleno de ternura por la humanidad, hija de sus predilecciones, se dignó proferir estas

(1) Ezequiel.

palabras de una dulzura infinita: «Puede una madre olvidar á su hijo y no tener compasión del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella le olvidare, yo no me olvidaré de ti.»

Ha tenido, en verdad, compasión y piedad de ella el Dios de Abraham y de Jacob, como la madre tiene compasión del hijo que ha llevado en su seno. Las más extrañas ceguerales, los más criminales desórdenes no han podido quebrantar los decretos de sus misericordias. Así continuará, hasta que al fin la medida se colme, hasta que el mundo envejecido y agobiado sucumba, consumido por los desórdenes y cansado de crímenes, y se consuma al mismo tiempo el misterioso sacrificio de propiciación para rescatar al género humano de las trabas de la muerte.

Si seguimos ahora con la vista el espacio recorrido en los siglos cuya historia acabamos de indagar, veremos que se han cumplido grandes pasos en uno y en otro de estos dos órdenes de ideas.

La filosofía ha trazado y perfeccionado de un solo golpe sus más altivas decepciones en los libros de la India y del Egipto y en los cantos de la Grecia, al mismo tiempo que ella se conservaba con sus más santas verdades en los inspirados escritos del sábio de Israel, del rey «agradable al Señor.» La *poesía* se ha elevado á sus más magníficas como á sus más falaces armonías en la lira de Valmiki y de Homero, mientras que el arpa de los profetas vibraba, á la voz del Omnipotente, con divinas y sobrenaturales modulaciones.

El espíritu del hombre, en fin, perdía por todas partes las últimas huellas de la verdad y de la fe, y el espíritu de Dios se manifestaba en las revelaciones de la profecía. Así marchaban uno y otro, y así se continúa á través de las edades la incesante lucha de los opuestos principios y la marcha de los eternos designios de la altísima providencia de Dios sobre el mundo.

EPOCA TERCERA

DESDE LAS OLIMPIADAS HASTA ALEJANDRO

(Años antes de Jesucristo 776 á 323.—Años de la creación 3228 á 3681.)

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Desarrollo de la historia en las naciones orientales y occidentales desde la era de las olimpiadas.—Introducción.—Ojeada general sobre el período histórico de las olimpiadas.—Grecia.—Persia.—Macedonia.—Roma.—India y China.

Fuentes: Cantú.—Riancey.—Moehtler.—Segur.—Rorbancher.

La era de las olimpiadas, dijimos en otro lugar (1), es el verdadero punto de partida de los tiempos históricos. Bossuet y Cantú, generalizando esta época, nos la ofrecen, cada uno bajo el punto de vista que considera la historia: el gran pensador católico, como desarrollo de los imperios y continuación de la religión; el célebre historiador italiano, como el momento histórico de la superioridad y triunfo de la civilización europea sobre la asiática.

Para nosotros esta época de movimiento y de luchas, de politeísmo y refinada cultura, anatematizada por la voz vigorosa de los profetas, ofrece al ánimo atento y pensador los tristes efectos de una quimérica dirección religiosa y las amargas consecuencias para la civilización social, cuando sin una noción clara del origen de la vida, sin una creencia cierta y arraigada en las altísimas verdades revela-

das, va la humanidad buscando inútilmente entre los vtores de las batallas, el bien y la felicidad, que no es posible lograr por esos caminos.

Déjase sentir en la marcha de los destinos de la humanidad la benéfica acción de la Providencia, tanto más, cuanto más íntimamente vive unido el hombre; y á medida que se aleja de su ley, le vemos caer de precipicio en precipicio, ó girar como estrella errante y perdida en las regiones del espacio. En la primera época, la criatura está más cerca de su felicidad, porque está más cerca de Dios; en la segunda, con su caída y con el castigo patente de sus maldades reprimidas, vuelve sus ojos al cielo, y hállase el pueblo de los justos; en la tercera, una gran parte de los hombres, sin fe en lo pasado y sin esperanza en lo porvenir, doblan su rodilla ante el becerro de oro, ante los dioses de barro, y la esclavitud y el vicio, y la pestilencia y la tiranía, extienden sus ne-

(1) Tomo I, pág. 225 y siguientes.



gras alas sobre la tierra, como enemigos mortales de la verdad, del bien y de la libertad.

La era de las olimpiadas es el verdadero punto de partida en esta época, la cual nos ofrece la inestabilidad de las instituciones humanas en el Arcontado, impotente para lograr la felicidad del pueblo que la estableció; el duro derecho escrito de Dracon, la república democrática de Solon, la memorable tiranía de Pisistrato, la caída de Hippias, la legislación de Licurgo, las campañas entre griegos y persas, motivadas por la rebelión de la Jonia, auxiliada por los atenienses, para conquistar su independencia, y por las constantes instigaciones de Hippias al rey Darío I, que aspiraba á dominar la Grecia para recobrar la soberanía de Atenas; la invasión de la Grecia por los persas, su derrota en Marathon por Milciades, la gloria de Leónidas sucumbiendo heroicamente en las Termópilas por obedecer las leyes de Esparta, el triunfo naval de Salamina por Temístocles y Euríbiades, viéndose al fin terminadas las guerras médicas, después de cincuenta y un años, por la paz de Cimón, segura garantía de libertad para las ciudades del Asia Menor.

Síguense en esta época los hechos notables de la guerra del Peloponeso, hija de la rivalidad entre Atenas y Esparta, la cual termina por la victoria de Lisandro, que se apodera de Atenas y la somete á la dominación de su patria, poniendo fin á la guerra al cabo de veintisiete años de duración; los excesos de los treinta tiranos en Atenas, el glorioso levantamiento de Argos, Atenas, Corinto y Tebas, y la regeneración de esta última ciudad, si bien después de la muerte de Pelópidas y Epaminondas, Tebas volvió á su antigua postración; la debilidad de los Estados griegos para resistir á Macedonia, los triunfos de Alejandro y sus victorias sobre Darío en el Granico, Arbelá é Issó.

«Sólo un pueblo, dice Cantú, tiene una historia propia, el de Israel; pero la de los demás, ó calla ó se mece en ficciones, que merecieron á aquella edad el título de fabulosas. Sólo en el siglo VIII antes de Cristo empiezan á ordenarse los hechos por tiempos; y la era de las olimpiadas (776) para la Grecia, la de la

fundación de la ciudad (754) para los romanos; la de Nabonasar para los babilonios y egipcios, manifiestan que á la fábula sucede el tiempo histórico, á la edad de los héroes la de los hombres. La religión presenta la primera certeza cronológica en la lista de los sacerdotes, conservada por la casta sacerdotal; de estas, de los templos y de los tesoros, sacó Herodoto todos sus conocimientos, y después Pausanias refirió á monumentos religiosos todas las particularidades históricas.

Robustécese en Oriente la civilización, y la raza de los persas desciende de las montañas para rejuvenecer á los afeminados medos y fundar uno de los más vastos imperios. Pudiera muy bien decirse que este imperio, celoso de la pequeña Europa, que sale á conquistar ciencias, artes y leyes, vomita sobre ella torrentes de hombres, pidiéndola la tierra y el agua. Es el pasado que se enfurece contra el porvenir, la raza inmóvil contra la progresiva. Del mismo modo que Homero había cantado el primer combate entre el Asia y la Europa, sacando de la barbarie la piedad y la admiración; así Herodoto, testigo de la guerra pérsica, nos la trasmite en una narración, cuya unidad es precisamente la rivalidad entre Oriente y Occidente. En Marathon, en Salamina y en Platea se decide la superioridad de la civilización europea sobre la asiática, y muy luego los pueblos que en un principio estaban separados, se aproximan y mutuamente se conocen; el espíritu humano en el siglo desde Pericles á Alejandro, recorre mayor camino que el que en muchos siglos le habían señalado la imaginación de los indios, la profunda inteligencia de los egipcios, el frío raciocinar de los chinos ó la voluntad obstinada de los israelitas. Narrando la guerra médica y la del Peloponeso, adquiere la relación el interés de la epopeya entre el vuelo gigantesco del pensamiento y de las bellas artes, entre los distinguidos caracteres de los héroes, que conservan hasta en los delitos su grandeza, y que se nos presentan al través de la ilusión que causan, la distancia y la pluma de incomparables escritores.

Pero el Oriente, rechazado por las armas, subyuga con el ejemplo; la Grecia se doblega



ante las costumbres del Asia, y después de la paz de Antalcidas, el gran rey la organiza á su gusto. En tanto, para impedir que se corrompa completamente, baja del Septentrion una nueva gente, la macedonia; y Alejandro, con una sublime reacción, trata de colocar la civilización griega á la cabeza de la unidad oriental, consiguiendo únicamente plantar en el corazón del Asia un imperio europeo, y fundar entre esta y el Africa una ciudad, que dará nuevo centro al comercio, y donde el genio griego, impotente ya para crear, se sentará entre los dos mundos, para explicar al nuevo los arcanos del antiguo.

Alejandro, y más que él sus sucesores, se dejan enervar por los vencidos, y se convierten en príncipes orientales; pero la civilización ha salido del santuario para hacerse proclamar en las escuelas, y propagada por las escuelas por toda la costa del Mediterráneo, da un gran paso conquistando la Italia.

La variedad, carácter griego en las instituciones, en las artes, en la ciencia, tiende en Italia á aglomerarse en derredor de Roma, que constituida con elementos discordes, sale á la conquista de la libertad propia y de los territorios ajenos; grande en las victorias, más grande en los desastres, y atenta á espiar en la paz la oportunidad de asegurar el buen éxito en la guerra. Roma, más joven, ha perdido de vista en sus orígenes á los dioses, y mira como su fundador á un héroe. Su historia es la de una ciudad mirada en pequeño. En grande, es la historia de todo: el antiguo heroísmo; la liza en que combaten lo finito con lo infinito; la generalidad abstracta con la personalidad libre; la aristocracia, representante de la estabilidad asiática, con la democracia engendrada por el movimiento europeo. Y prevalece este; y la *edad humana* de Vico, que no se vió jamás en la Grecia, nace con la verdadera libertad en Roma, la primera que trata de unir, fundir y organizar los pueblos, hasta entonces reducidos á comunidades particulares, ó á aglomeraciones forzadas.»

A través de los siglos y sin que nada pueda oponerse á su marcha, avanzan majestuosamente los eternos designios. Los grandes he-

chos de la historia antigua del hombre, los trascendentales acontecimientos que habían de servir de preparación á la realización de los eternos designios, se han cumplido.

La alianza, la ley de preparación, las profecías forman un maravilloso y extraordinario conjunto, sellado por la mano del Omnipotente. Este admirable conjunto tiende á un celeste fin, que es el de la historia de las naciones, este fin es la venida del Verbo increado para la consumación de la obra, para la reparación del hombre. Los pueblos, para quienes no ha llegado aún el día, se clasifican, y aparece el orden. Las diversas escenas del vasto cuadro de la historia se determinan, se fijan y se aproximan ensanchándose. El mundo ofrece un espectáculo nuevo.

Hay indudablemente países colocados muy lejos para entrar en la historia general. La China se cubrirá siempre con un impenetrable velo, y la India apenas entreabrirá su seno lleno de misterios. El Asia oriental permanece, pues, aislada.

Del mismo modo no es tiempo todavía de que la Europa occidental se dé á conocer por el espíritu de conquista y la ambición romana; los iberos, los galos y los kimris son razas, no pueblos; no se manifiestan sino por grupos, mientras que los destinos de Roma crecen como ignorados.

Pero se opera un gran movimiento en el centro. Dios inspira cierta irresistible fuerza de atracción al Asia occidental y á la Europa oriental, esferas que hasta entonces rodaban separadamente, y estalla la lucha del genio griego y del genio persa; el interés de este magnífico y grandioso duelo renueva al mismo tiempo la historia de dos mundos, hasta que bajo la espada romana se confunden en uno solo.

Entre tanto ¿qué es de las tristes y sangrientas revoluciones de la China, que interrumpen las invasiones de los tártaros? Poco importa la feudalidad del Celeste Imperio, en medio de la cual aparecen Lao-Tseu y Kong-Fu-Tseu. Poco importan también en la India las perpétuas disensiones de los rajahs. Esto, sin embargo, el Indo y el Ganges no son insuperables barreras, porque los griegos entraron en el país de los



brahmanes. Entre sus príncipes, es acogido con sorpresa y satisfacción el nombre del bravo Pur, Porus, el rival de Alejandro.

Tiene lugar entonces una doble invasión para la India; invasión continental que concluye el hijo de Filipo; invasión marítima de Nearco que recorre las costas. Esta conquista es el último eco de un gran movimiento que se agitó durante todo el período, en el nuevo mundo central. Efectivamente, desde el Indo hasta el mar Adriático, no hay más que un vasto campo de batalla, en donde hay dos enemigos frente a frente. De un lado está el Oriente, el antiguo mundo del Asia y del Africa, el mundo de Semiramis, de Rhamsés, de Nabucodonosor; mundo ilustrado por tantos nombres, sobre los cuales se coloca el glorioso nombre de Ciro (Kai-Khosru).

El «predestinado de Dios» reunió bajo su dominación todas las naciones que se disputaban allí el imperio. A su suntuoso trono une, como otras tantas dependencias, la India en el Asia oriental, y en el Asia central la Asiria, que no se enseorea ya de Babilonia ni de Ninive. Todas las ricas y voluptuosas provincias del Asia Menor y del Asia Marítima sufrirán la esclavitud; Cambises además agregará también el Egipto. Después, cuando el Oriente no forme más que un solo cuerpo gigantesco y de una gran extensión, el «carnero» de la Persia morirá delante de él.

En frente de este adversario se mantiene el Occidente, un mundo todavía niño, formado de mil invasiones, que se prepara al combate en la escuela de sus legisladores, en sus juegos de atletas y en sus guerras de rivalidades. Este Occidente es la Grecia.

En el momento del peligro, las rivalidades desaparecen y cesan las rencillas particulares; ya no hay distinción entre dorios y jonios, ni entre las aristocracias y las democracias. Los hermanos entonces se unen. En lugar de pequeños pueblos, se levanta una raza, poco numerosa todavía, pero fuerte y guerrera, contra la raza mucho más considerable, pero muelle y afeminada, del Oriente. El oro se rechaza con el hierro. Frente a frente los enemigos, vienen a las manos y pelean, deponen las armas y res-

piran; la contienda, siempre viva, aunque más ó ménos animada, no se terminará sino por el completo vasallaje de la Europa ó del Asia.

El reto parte desde luego del Oriente; se da la señal por la ruina de las colonias griegas del Asia, á la cual responde una insignificante y despreciable república, Atenas, por el incendio de Sardes. Las tropas que Datis desembarca en las costas del Atica, de donde la espada de Milciades les arroja á Marathon, no son más que la vanguardia del gran ejército de invasión. Bajo Darío, Vistaspá ó Gustasp es una lucha de jonios contra asiáticos, y los jonios son la mitad del Asia. Bajo Jerjes, Jsarscha ó Schir-Schah, la contienda toma mayores proporciones.

Está seriamente amenazada la independencia del Occidente. Los griegos no son los únicos defensores de la Helada, sino los campeones de Europa; el choque cae sobre ellos, porque están en el primer puesto, y le rechazan con gran intrepidez. Las dos familias helénicas, en las cuales brilla un comun amor á la independencia que Dios protege, toman cada una el papel que les conviene, y la resistencia será como el ataque, á la vez continental y marítimo.

Los dorios, empuñando sus lanzas y cubriéndose con sus escudos, con los cuales juraron volver «vencidos debajo de ellos ó muertos encima,» envían á Leónidas á morir en las Termópilas.

Los jonios suben á las naves de Atenas, y aunque Euribades tiene el baston de mando, las disposiciones de Temístocles y sus ágiles galeras son las que á los ojos del gran rey, sentado en el trono de plata, ponen en fuga á la temible flota de los persas. Estas primeras ventajas son coronadas por la victoria de Micala y las hazañas de Cimon, que impone una barrera á la ambición asiática. El Asia Menor se une otra vez á la Grecia; el honor y la seguridad occidental descansan á la sombra del tratado que celebran el hijo de Milciades y el sucesor de Ciro, Artajerjes, *Ardshir* ó *Artaschattha*.

En este tiempo de suspensión en el combate, los dos mundos vuelven á entrar en su centro, y recobran su vida y sus hábitos particulares.



Entonces, cosa notable, las pequeñas individualidades que se reunieron durante la gran lucha, enarbolan de nuevo sus pretensiones y sus banderas. En tanto que duró el famoso duelo, ni el Egipto, ni la Asiria, ni la Fenicia no pensaron ni por un momento, en Oriente, en aprovecharse de las circunstancias de la guerra para reclamar su independencia; en el Occidente no se vieron ni disputas ni rebeliones bajo el mando de Atenas ó de Esparta.

Cuando los espíritus no son arrastrados ya en el movimiento general como en un torbellino, vuelven á empezar en Asia las conspiraciones y las revueltas; en Grecia los celos y enemistades, que se traducen en batallas.

Los serrallos y los palacios de Asia están rara vez pacíficos; el puñal desempeña allí un papel importante con mucha frecuencia, y los gritos de las rebeliones turban continuamente los peligrosos deleites.

Prueba de ello son el asesinato de Jerjes, la cautividad de Artajerjes en el fondo de su palacio, el asesinato de un nuevo Jerjes. Las sublevaciones de los egipcios bajo Inaro, bajo Amirteo, la rebelión de Megabises, las guerras civiles de Histaspes, *Gustasp*, contra Artajerjes Longimano, *Kai-Ardshir-Diraz-Dust*, del joven Ciro, *Kosru*, contra Artajerjes Mnemon, *Kai-Ardshir III*, revelan la debilidad oriental, y una decadencia que precipita la corrupción asiática. Los griegos aplauden y no son de hecho extraños á estas discordias. Atenas tiene una flota en el Nilo; diez mil voluntarios de la Helada siguen al joven Ciro, y Esparta, enviando sus soldados más allá del Helesponto, pone en espanto á la corte de Susa por las armas de Argesilao. No obstante, el Asia Menor vuelve á entrar bajo el yugo de la Persia.

Del mismo modo que los crímenes del Asia destruyen su poder, las disensiones intestinas contribuyen á aumentar la debilidad de la Europa oriental y retardar su grandeza. Si la influencia helénica se hace sentir contra la Persia por la fuerza, la influencia persa entra en las disensiones de la Grecia, de la Europa oriental, por la seducción de sus tesoros.

Las dos familias, jónica y dórica, no abandonan los ejércitos comunes de la independen-

cia, sino para dividirse en dos campos bajo la bandera de Atenas y de Esparta. Atenas, la ciudad ligera y artística, la ciudad comerciante y marítima, que quiere dominar explotando la gloria de Cimon, ve alzarse contra ella y contra su principio democrático el genio duro, severo y aristocrático de Esparta y la liga continental del Peloponeso. La brillante administración de Pericles, que rodean los Zeujis y los Fidias, comienza este triste y doloroso combate de veintisiete años, inaugurado por la peste y los temblores de tierra. Esta larga guerra, ilustrada por las hazañas de los brasidas y de los Tucídides, llegó á ser célebre sobre todo por la admirable existencia de Alcibiades, que trastorna toda la Grecia, extiende las hostilidades hasta el Asia Menor que Atenas conserva, y hasta la Sicilia, país de licencia y de tiranía igualmente caprichosas, en donde alguna vez algun Dorio restablece el orden.

El encarnizamiento de las dos ciudades rivales les determina á dirigirse á los persas tantas veces vencidos. En fin, Esparta, que debe á los sátrapas sus naves y el sueldo de sus marineros, sabe que Lisandro, victorioso en Egipto, entró en el Pireo, destruyó sus murallas y restableció el despotismo aristocrático de Atenas. Alcibiades muere, y aun después de la libertad que conquista Trasíbulo, Esparta domina en la Grecia. Este es el triunfo de los dorios, triunfo que una parte de los vencedores disputa ya á Lacedemonia, y que ella paga á precio del abandono del Asia Menor. El rey de Persia es el árbitro de la Grecia; la Grecia humillada se somete al tratado de Antalcidas.

Esta gran vergüenza no afirmó el poder de Esparta; sus aliados, que oprime sin consideración alguna, toman las armas. Atenas aguarda para darse á conocer; Tebas, que tiene injurias que vengar, arma á Pelópidas y á Epaminondas. Entonces la grandeza de Tebas, la ciudad de Beocia, es la que eleva al sábio Epaminondas, se sostiene por las victorias de Leuctra y de Mantinea, y espira con él en el seno de su triunfo.

Tebas y Esparta, como en otro tiempo Esparta y Atenas, se disputaron la alianza del